

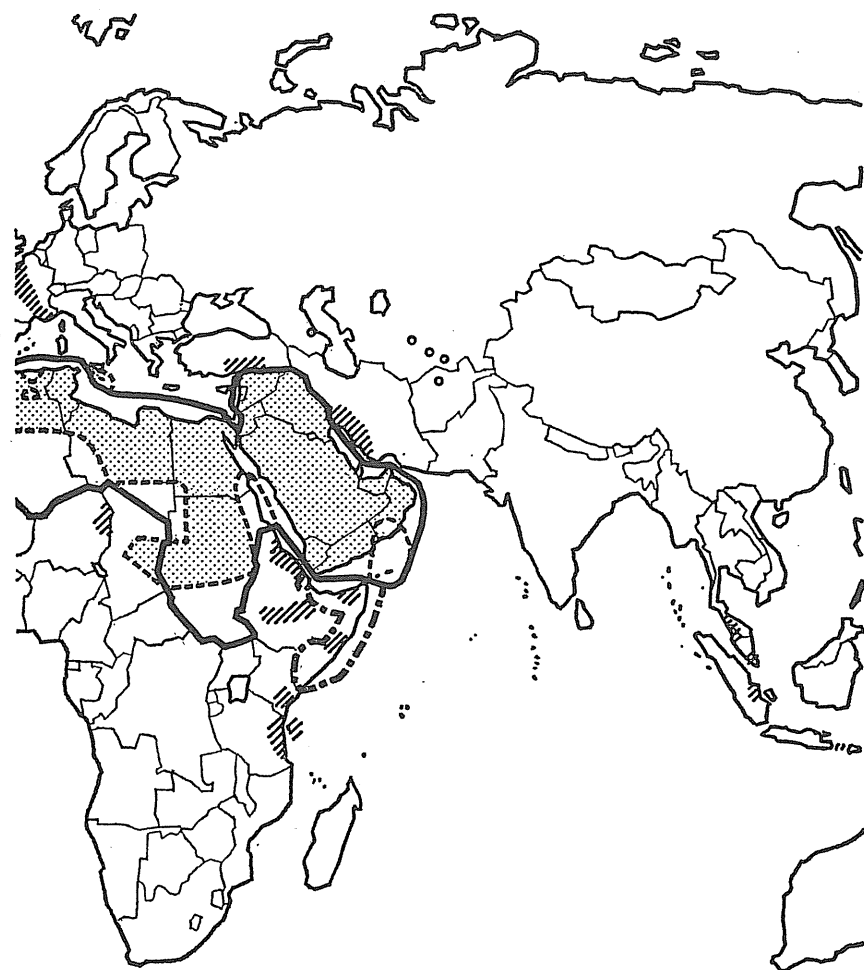
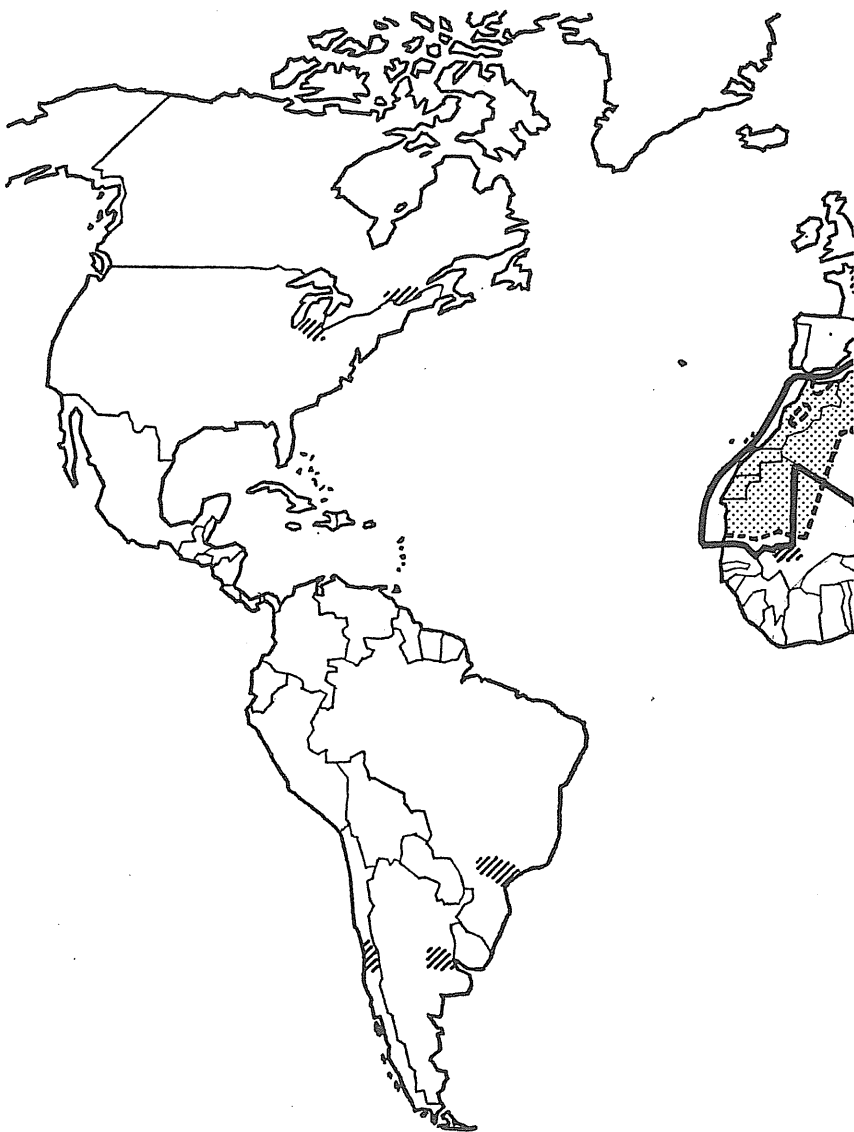
RODINSON, Maxime (2005 [1979]) “¿Quiénes son los árabes?”, en: RODINSON, Maxime *Los árabes*, Siglo XXI, Madrid, pp. 7-45.

blo tiene sus héroes y sus libertinos, sus cuerdos y sus locos, y cada uno de ellos contribuye con algo al tesoro positivo común de la humanidad, y, asimismo, cada uno comete colectivamente sus faltas, sus errores y crímenes. Dejo con gusto a los amigos y enemigos incondicionales el consuelo moral que les proporciona tal actitud. Esta tiene el mérito indudable de esa santa simpleza que Jan Hus admiraba en su hoguera.

1. ¿QUIENES SON LOS ARABES?

A primera vista, la respuesta a esta pregunta parece sencilla. Los árabes son un pueblo (los antropólogos dicen «una etnia» y otros dicen «una nación») conocido por su papel importante en la historia, que se extiende entre Marruecos y Mesopotamia, cuya cuna es Arabia, que se designa a sí mismo y es designado por los demás con ese nombre desde hace mucho tiempo, y, finalmente, que habla la lengua árabe, una de las lenguas del grupo semítico. Si se los considera una nación, no se trata de una nación-Estado como las que encontramos en Europa occidental. Los arabófonos, los árabes, son ciudadanos de numerosos Estados, de los cuales sólo uno lleva el nombre de Arabia, pero con un calificativo (saudí) que limita su alcance. Según cierta terminología, deberíamos considerar al conjunto de los árabes, por consiguiente, más bien como una «nacionalidad». Con todo, en su seno existe un movimiento poderoso que aspira a crear una nación-Estado árabe de tipo europeo, y asegura que se trata de la reconstrucción de una unidad pasada.

Sin embargo, en cuanto queremos analizar más de cerca la noción de «árabes» nos hallamos con dificultades. Esto sucede también en el caso de muchos otros pueblos, pero aquí los problemas parecen más complejos por lo general. Trataremos de irlos dilucidando progresivamente, yendo del más simple y del más claro al más complejo.



- /// Diáspora o regiones árabes marginales importantes
- Límites de la región árabe (Estados árabes)
- - - Límites de la etnia árabe
- · - Límites de la Liga de Estados Arabes
- ooo Islotes árabes

PRIMER CONTACTO: LA REGION ARABE

En la actualidad, la lengua árabe clásica, lengua semítica con acentuadas características propias, es la lengua oficial, administrativa, literaria y cultural de gran número de Estados en los que la población, en su mayoría, habla dialectos árabes, otras formas de la misma lengua. Tales países forman Estados independientes unos de otros, pero que, pese a ello, afirman pertenecer a una misma nación, la nación árabe. Y para demostrarlo, suelen especificar en las denominaciones oficiales de sus países esta particularidad (República Árabe del Yemen, República Árabe Siria, etc.), lo proclaman con frecuencia en el primer artículo de sus Constituciones y, finalmente, forman parte de una organización interestatal que lleva el nombre de Liga de Estados Árabes.

Los países que cumplen todas estas condiciones componen un conjunto coherente, como luego veremos en detalle, que se extiende por todo el norte de Africa, la península arábiga y la porción occidental de Asia que solemos llamar Creciente Fértil. Son unos 150 millones de ciudadanos (de los que unos 118 millones, de los 124 millones que había en todo el mundo en 1976, son árabes y cubren una superficie de alrededor de 13 millones de kilómetros cuadrados. Podemos llamar a todo este conjunto región árabe. Sus límites son el Mediterráneo, la zona turca y la irania, el océano Indico, la región etiópica con su periferia, los países del Africa negra y el Atlántico.

CRITERIOS

La lengua

Como sucede en la mayoría de los casos, el criterio que en una etnia (o pueblo) se percibe de manera más inmediata es la lengua. La lengua árabe, ya lo hemos dicho, es una lengua

claramente caracterizada, perteneciente al grupo lingüístico semítico (junto con el acadio, el hebreo y las demás lenguas llamadas cananeas, las lenguas arameas, los dialectos sudarábicos y las lenguas semíticas de Etiopía). Este grupo constituye (junto con los dialectos bereberes y el líbico antiguo, el antiguo egipcio y el copto que lo ha continuado hasta hoy, las lenguas denominadas cushíticas de la región etiópica y quizá algunas otras lenguas) la gran familia lingüística camito-semítica.

La lengua árabe, si hoy puede ser delimitada con facilidad con respecto a las lenguas emparentadas con ella, no lo es tanto en un pasado lejano. Conocemos grupos de inscripciones antiguas (por lo general *graffiti* muy lacónicos) dispersas por la península arábiga, y que parecen pertenecer a Estados antiguos. Están escritas, como la mayoría de las lenguas semíticas, en una escritura únicamente consonántica (que no es la escritura árabe clásica y actual), lo que impide distinguir cierto número de características. Así, pues, podemos relacionar estos textos (llamados tamudeos, safaíticos y lihianitas) con la lengua árabe. Se ha visto en estas lenguas un «proto-árabe», pero éste se distingue claramente del árabe que nosotros conocemos. La diferencia más evidente entre las que podemos descubrir es que el artículo definido se indica con la letra *h* (que se leía sin duda *ha-*), unida al nombre como prefijo —como en las lenguas cananeas—, mientras que se presenta bajo la forma *'al-* en todas las demás variedades del árabe.

Así pues, la lengua árabe permite distinguir por lo general al pueblo, a las personas que llamamos árabes. Sin embargo, este criterio no es absoluto. Durante mucho tiempo, como veremos, este nombre ha sido utilizado, incluso por los propios árabes, para designar únicamente a los miembros (reales o ficticios) de una de las tribus que poblaban la península arábiga y sus inmediaciones antes de la expansión islámica. Pero cada vez había más gentes que hablaban árabe, arabizados en el aspecto lingüístico, que no podían invocar este mis-

mo origen, y que durante largo tiempo no fueron considerados, ni ellos mismos se consideraron, árabes. Hoy, la ideología del arabismo ha impuesto el criterio lingüístico como universalmente válido, con algunas reservas, que se indicarán en su momento (véase en especial el caso maltés, más adelante, páginas 84 ss.).

La cultura y la historia

El eminente historiador británico de los árabes y del Islam H. A. R. Gibb ha dado una célebre definición de la arabidad: «Son árabes —escribe— todos aquellos para los que el acontecimiento central de la historia es la misión de Mahoma (Muḥammad) y la memoria del imperio árabe y que, además, aprecian la lengua árabe y su herencia cultural como una posesión común»¹.

La definición es en parte válida. Pero suscita numerosas dificultades. Descarta de la arabidad a quienes, hoy, están convencidos de ser árabes gracias a la ideología arabista, pero que no pertenecen al Islam, como sucede, en primer lugar, con los numerosos cristianos de Egipto y del Líbano. Algunos, ciertamente, rechazan la identidad árabe, pese a que el árabe es su lengua materna, como hacen en la actualidad los judíos arabófonos. Otros, que sí se consideran árabes, opinan, pese a su filiación cristiana, que la misión de Mahoma es un acontecimiento central en cuanto fundamento de la nacionalidad árabe y estiman la lengua árabe y el patrimonio cultural que ésta transmite. Aun así, muchos, sin renegar de estos valores, pueden considerar que la predicación, la muerte y la resurrección de Cristo son más importantes que la actividad y las enseñanzas de Mahoma.

Esta concepción tiene sobre todo el inconveniente de cor-

¹ H. A. R. Gibb, *The Arabs*, Clarendon Press, Oxford, 1940, p. 3 (= *Oxford Pamphlets on World Affairs*, núm. 40).

tar todo nexo entre la arabidad posislámica y la preislámica. El pueblo árabe existía ya antes de Mahoma; los árabes eran paganos, cristianos, mazdeos, judíos o judaizantes. El propio Mahoma, que se presentaba como un profeta enviado especialmente a los árabes, se refería a un pueblo constituido antes que él. Así pues, deberíamos, por lo menos, completar la definición de Gibb con otra que defina a los árabes preislámicos.

Por otra parte, todos los musulmanes * no árabes (que constituyen sin duda las cuatro quintas partes aproximadamente de la comunidad musulmana) consideran en principio la misión de Mahoma como el acontecimiento central de la historia. La mayoría de ellos sienten respeto por la lengua árabe como lengua de la Revelación, y, en suma, como la lengua de Dios, aun cuando no la conozcan. Los letrados religiosos la practican y estiman su literatura. Es típico que en Pakistán, Estado que se dice fundado sobre la religión islámica, se haya discutido el proyecto de adoptar la lengua árabe. Y, sin embargo, persas, turcos, malayos, indonesios, etc., no se consideran ni son considerados árabes (hay algunas excepciones, como veremos más adelante).

Cuando habla de una herencia cultural respetada, Gibb, con un matiz elitista, piensa únicamente en una cultura intelectual y artística elevada. Pero se trata más bien de fenóme-

* El adjetivo *islámico(a)* debe emplearse para calificar objetos, cosas, conceptos, etc.: socialismo islámico, arte islámico, estudios islámicos, recursos islámicos, civilización islámica...

El sustantivo y adjetivo *musulmán(a)*, en cambio, debe utilizarse cuando nos referimos a seres humanos, individual o colectivamente considerados: mujer musulmana, sociedad musulmana, dirigentes musulmanes, etc.

En ciertos casos podrán utilizarse ambos términos, como adjetivos, para calificar a un mismo sustantivo: se dirá, así, países islámicos (geográficamente considerados) o países musulmanes (cuando nos refiramos al conjunto de su población humana).

Con todo, la diferenciación entre *islámico* o *musulmán* no es siempre tajante, y el propio Maxime Rodinson no se muestra muy rígido al respecto. (N. del T.)

nos que se refieren a millones de individuos, en su gran mayoría analfabetos hasta tiempos recientes, aquí como en otras partes. Por eso es necesario, más bien, hablar de cultura en el sentido en que lo hacen los antropólogos, como conjunto de todos los comportamientos socialmente adquiridos y transmitidos, con todas sus manifestaciones: comportamientos técnicos (entre éstos las técnicas del cuerpo), prácticas económicas, cognitivas, artísticas (incluidas las manifestaciones más humildes y espontáneas del impulso estético), jurídicas en el más amplio sentido (modos de agrupación humana, relaciones de parentesco, etc.), ideológicas (religión sobre todo, en las sociedades «premodernas»), etc. La historia es también un fenómeno cultural, en el sentido de que lo importante para garantizar la cohesión de un pueblo y de cualquier grupo humano no es tanto el conjunto de los acontecimientos en su realidad objetiva como la imagen, socialmente elaborada y transmitida, que conserva de ellos el grupo.

Desde el punto de vista cultural, por lo que respecta a los árabes, hay que distinguir las diferentes épocas y situaciones. Está, en primer lugar, el núcleo del pueblo actual, los árabes de Arabia, los únicos existentes antes del Islam, que ya habían iniciado una primera diáspora, sobre todo hacia las regiones periféricas y en la medida en que la asimilación a otros pueblos vecinos no se había completado aún. Estos árabes de Arabia —de los que hay que distinguir antes del Islam, como veremos, a los sudarábigos— tenían (y tienen todavía, en gran medida) una cultura común, comportamientos sociales análogos, que los distinguen de los pueblos vecinos. Estos no dejaron de observarlos y constatarlos. Había, pues, una unidad cultural árabe, que, en mayor o menor medida, se ha conservado hasta hoy en Arabia.

Las grandes conquistas árabes de los siglos VII y VIII dispersaron a una fracción importante de las tribus de Arabia por un espacio vastísimo, desde el Indo a los Pirineos. Los árabes poseyeron en esta época un imperio muy extenso, habitado por múltiples pueblos: iberos romanizados y godos de

España, beréberes, egipcios, sirios, mesopotamios, iranios, etc. Una parte de las tribus árabes ha conservado hasta hoy el modo de vida pastoril que llevaban en la península arábiga y, consecuentemente, gran parte de su cultura originaria. Otros abandonaron ese modo de vida y adoptaron numerosos rasgos culturales de los pueblos en cuyo seno vivían, y con los que llegaron a fundirse. Estos últimos, a su vez, fueron asimilados en buena medida por los árabes de Arabia y se arabizaron al adoptar (al menos muchos de ellos) la lengua árabe, la nueva religión y una parte de sus tradiciones. Algunos, tenámoslo siempre presente, se islamizaron sin arabizarse lingüísticamente (como hicieron los iranios y más tarde los turcos); otros se arabizaron lingüísticamente sin islamizarse (como una parte, en constante disminución con el pasar del tiempo, de los cristianos y de los judíos).

Resultado de este lento proceso, diferente en cada región, de fusión parcial, es el pueblo árabe actual, compuesto en gran parte por arabizados más o menos recientes, aun cuando, en muchos casos, crean descender de los árabes de Arabia. Pero los comportamientos culturales de los pueblos originariamente no árabes han subsistido en gran parte, aun expresados en lengua árabe, recubiertos en la mayoría de los casos por los ropajes sacralizantes del Islam, mezclados con tradiciones de origen árabe de Arabia. Es fácil detectar los comportamientos heredados del antiguo Egipto en el Egipto arabizado de hoy, lo mismo que los elementos arameos de la cultura árabe actual del Creciente Fértil.

Como se ve, se hace necesario renunciar a la ingenua concepción, muy corriente, según la cual una civilización o cultura árabe, formada en Arabia, se extendió, después de las conquistas, por una gran parte del planeta sin cambios o, como mucho, con leves añadidos y modificaciones. Los hechos son mucho más complejos. La civilización de los países arabizados sólo puede ser considerada parcialmente continuadora de la cultura árabe preislámica. Desde la Alta Edad Media forma una síntesis nueva, en la que intervienen en gran medida la

herencia de las antiguas culturas del Próximo Oriente, ya mezclada, asimilada y en parte modificada, a su vez, en el seno de los imperios antiguos y luego por mil años de helenización.

Una cultura ha de ser analizada por sus rasgos culturales, cuyos límites territoriales varían. En el plano de la cultura popular, cotidiana, práctica, los rasgos culturales que podemos detectar en el conjunto del mundo árabe actual son muy variados, tienen límites que dividen con frecuencia estos territorios y que engloban a regiones exteriores. Por ejemplo, la alimentación es diferente, según las distintas regiones árabes, pese a lo que crean los europeos que, al conocer un poco el Magreb, piensan por lo general que los árabes orientales se deleitan también comiendo cuscús y bebiendo té con menta. Y si los comportamientos en el campo de la vida familiar son en gran parte los mismos, se practican igualmente en regiones musulmanas no árabes.

Por el contrario, la cultura superior, la de la élite, presenta una mayor unidad, por lo que aquí la definición de Gibb recupera cierto sentido. La élite comulga con el mismo culto a la historia árabe, a la literatura árabe (incluida la del primer período, la de los árabes de Arabia, antes del Islam), a la lengua árabe clásica. Este apego, esta cultura intelectual, ligada con frecuencia a las tradiciones del Islam que la sacraliza incluso en sus elementos de origen no musulmán, han ejercido una fortísima acción unificadora. Tal acción se ha ejercido incluso a nivel de masas, debido al prestigio de la élite en una sociedad jerarquizada y al carácter ideológico sagrado de todo lo que está relacionado con el Islam.

La conciencia de la arabidad

El más importante de los criterios es sin duda el de la conciencia de la identidad árabe. Esto no significa que queramos reducir el fenómeno nacional o étnico al campo de la psico-

logía. Esta conciencia no está en el aire. Es el resultado de situaciones concretas. Pero el surgimiento de una conciencia de identidad étnica o nacional es la manifestación de un desarrollo importante de esas situaciones, que se dejan sentir a través de la mencionada conciencia.

Pero el problema no es tan sencillo. En primer lugar, ¿quién tiene esta conciencia? Es necesario distinguir. Algunos tienen conciencia de ser árabes (u otra cosa) sin que los suyos o los extranjeros estén todos de acuerdo en este juicio (como es el caso de gran número de cristianos, sobre todo en otros tiempos, y de ciertos judíos en la actualidad, según una parte de la opinión árabe musulmana). Otros, en cambio, se consideran no árabes, pero desde fuera son juzgados (sobre todo por los nacionalistas árabes) como árabes (caso de gran número de beréberes y de la mayoría de los kurdos, por ejemplo). Hay casos todavía más complejos. Un mismo individuo o un mismo grupo puede disentir en sus juicios sobre él mismo o sobre los demás. Nadie debería sorprenderse de esto en Francia, cuando numerosos bretones, vascos, occitanos y corsos, que se consideraban a sí mismos franceses, miembros de familias en las que se proclamaba con entusiasmo su nacionalidad francesa, descubren de improviso otra identidad, manifestándose incluso al grito de: «¡Fuera los franceses!». Incluso más allá de esta cuestión primordial, debemos considerar que hay varias formas de percibir y reivindicar la identidad. Estas formas han variado a través de la historia, han presentado diferentes grados. Pero carecemos de datos históricos para recomponer con alguna garantía todos los estadios de esa evolución.

Las tribus de la Arabia antigua, de lengua árabe o proto-árabe, ¿reconocían poseer una identidad común? ¿Se consideraban «árabes»? Sabemos solamente que a comienzos del primer milenio antes de Cristo sus vecinos septentrionales llamaban así a un conjunto de tribus del norte de la península. El nombre es aribi, arabi, arubu, urbu en acadio, 'arab en hebreo. La primera vez que aparece en la historia es en un

texto del rey asirio Salmanasar III. En el año 853 a. C. este monarca derrotó en Qarqar (Siria) a una coalición de los reyes de Siria e Israel, en la que figuraban mil camelleros «de Gindibu, del país de Arbāi».

La etimología de esta palabra, como sucede en el caso de otros muchos nombres de pueblos, es oscura. La hipótesis más sugestiva lo relaciona con un nombre semítico de la estepa que designa, entre otras cosas, la depresión que se extiende al sur del mar Muerto, la 'Arabah. El sentido de esta palabra se habría extendido paulatinamente (cf. Alemania, Palestina). Se ha pensado también en una raíz semítica que se utiliza para describir una mezcla desordenada. Los nómadas habrían hecho suya, con orgullo, una designación denigrante que les había sido atribuida desde el exterior pero que les permitía oponerse al mundo organizado y sometido de los sedentarios².

Siguiendo quizá el ejemplo de los persas³, los griegos hicieron extensivo el nombre a toda la península. Para Herodoto (III, 107), Arabia era la última tierra habitada por el Sur. Todos sus habitantes eran árabes.

Sin embargo, los sudarábigos no se consideran tales. Agricultores y habitantes de ciudades, formaban Estados refinados con estructuras complejas, dotados de técnicas perfeccionadas; llamaban árabes sólo a los pastores del Norte y del Centro, que hablaban árabe o protoárabe. Ellos hablaban una lengua semítica próxima, pero diferente. Es posible, en el mejor de los casos, que reconocieran cierto parentesco lejano con esos árabes «salvajes» más o menos despreciados.

Los grupos que hablaban dialectos árabes o sudarábigos llegaron del Norte a lo largo del segundo milenio antes de nuestra era, según la hipótesis que hoy goza de más favor. Asimilaron lentamente a las poblaciones preexistentes, a las que se recuerda en las leyendas árabes. Se trataba de pobla-

² Martin Hartmann, *Der islamische Orient. II. Die arabische Frage*, R. Haupt, Leipzig, 1909, pp. 113 ss.

³ Sobre la extensión de la Arabāya de los persas, véase F.-M. Abel, *Géographie de la Palestine*, Gabalda, París, 1938, II, pp. 113 ss.

ciones subdivididas en clanes muy dispersos, cuya única huella son herramientas de piedra, quizá algunos grabados rupestres y nombres de lugares. Antes de la introducción del camello, el asno fue la montura más corriente.

La primera inscripción en lengua ya plenamente árabe es la piedra funeraria de Nemāra, en los límites del desierto sirio. En ella el rey Imru l-qais, muerto en el año 328 de nuestra era, se proclama «rey de todos los árabes»; pero ignoramos lo que quería decir con esto.

Tan sólo para el siglo VI de nuestra era disponemos por fin del abundante material autóctono que nos proporciona la poesía preislámica en lengua árabe. En ella no se utiliza casi la palabra «árabe», pero el término se conocía, como lo atestiguan ciertos derivados. Se empleaba esta palabra para oponer las tribus de cultura y lengua análogas a otros elementos étnicos⁴.

Es muy posible que genealogistas tribales elaborasen ya árboles genealógicos del tipo habitual en estas sociedades segmentarias de lengua semítica. En estos sistemas artificiales, que variaban con frecuencia, la alianza de dos tribus, por ejemplo, se expresaba considerando como hermanos a sus antepasados epónimos. Estas teorizaciones, que abarcan al conjunto de las tribus árabes, nos son conocidas tan sólo a partir de una época algo posterior al Islam. Una de ellas por lo menos pretendía que los primeros habitantes de Arabia —a los que se denominaba, sin embargo, «los árabes desaparecidos» (*al-'Arab al-bā'ida*) o incluso «los verdaderos árabes» (*al-'Arab al-'ariba*)— habían desaparecido todos mucho antes del Islam.

Más tarde, se relacionó a todas las tribus de Arabia, incluidos los sudarábigos, entonces ya plenamente arabizados, con el esquema bíblico del capítulo 10 del Génesis. Las tribus habrían formado dos ramas: las del Norte y las del Centro

⁴ Esto ha sido demostrado, en contra de la opinión de D. H. Müller, por el gran orientalista T. Nöldeke en su valioso artículo «Arabia» de la *Encyclopaedia Biblica, A Critical Dictionary*..., Black, Londres, 1899, I, cols. 272-275. Véase también el artículo citado en la nota siguiente.

habrían tenido por antepasado a 'Adnān, descendiente de Ismael, hijo de Abraham. Paradójicamente, éstos serían «árabes arabizados» (*muta'arriba o musta'riba*), en tanto que se calificaba como «verdaderos árabes» (*al-'ariba o al-'arbā*) a los sudarábigos, supuestos hijos de un tal Qahtān, identificado con el Joctán bíblico, descendiente directo de Sem, hijo de Noé. La clasificación refleja las luchas por el prestigio y el poder en los primeros siglos del Islam. Teniendo en cuenta nuestros conocimientos actuales, deberíamos sostener más bien el punto de vista contrario. Pero estos sistemas presentaban numerosas variantes.

La palabra «árabe» ha tenido siempre, por otro lado, una connotación relacionada con el género de vida. Desde esta perspectiva, se trataría, esencialmente, del pastor nómada que habla árabe, del beduino. La única forma de la palabra confirmada por el Corán (exceptuada la designación de la lengua) es *al-A'rāb*, doblete del término etnográfico general *al-'Arab*, con el que se designa únicamente a los beduinos.

Así pues, en la época del Profeta existía en el seno de las tribus arabófonas una conciencia étnica difusa, basada en la lengua y en rasgos culturales comunes. Es posible que a los sudarábigos se los considerara parientes especialmente cercanos de este conjunto «árabe» que se oponía globalmente a los extranjeros (*al-'Aḡam*). Este nexo moral estaba reforzado por la celebración de grandes ferias y justas oratorias y literarias entre las tribus, por la existencia de santuarios a los que muchos acudían en peregrinación y por otras instituciones intertribales (treguas sagradas, calendario, etc.)⁵.

Entre el año 613 (aproximadamente) y el 632, Mahoma y sus propagandistas apelan cada vez más al sentimiento nacional con el fin de reunir a los árabes en torno a la nueva doctrina, universalmente válida pero predicada bajo una forma específica especialmente destinada a ellos. El poeta oficial

⁵ Cf. G. E. von Grunebaum, «The nature of Arab unity before Islam», *Arabica*, Leiden, 10, 1963, pp. 5-23.

de Mahoma invita, en el año 9 de la hégira (630-631), a una delegación de la tribu de Tamīn a abrazar el Islam, pronunciando estos versos (entre otros):

«¡No hay más Dios que Dios, haceos musulmanes! ¡No os vistáis a la moda extranjera!»⁶.

Las conquistas de los sucesores del Profeta permiten crear un inmenso imperio, en el que la casta dominante es árabe y pretende seguir siéndolo. Esta casta es también de religión islámica, lo que constituye su marca distintiva. En la masa de los pueblos sometidos, los cristianos, los judíos y algunos otros pueden conservar su religión pagando un impuesto especial. Esto es debido a su monoteísmo, doctrina sustancialmente justa, aunque sus dogmas hayan sido superados por el Islam y sus libros sagrados hayan sido falsificados en parte. Pero los árabes deben ser musulmanes obligatoriamente.

Bajo los Omeyas (660-750), que gobiernan el imperio árabe, existe la posibilidad de integrarse en la casta dominante, adoptando el Islam y, al mismo tiempo, entrando a formar parte de una tribu o a través de una relación de clientela, arabizándose. Y se establecen incluso restricciones a la conversión, para evitar que la casta hegemónica crezca desmesuradamente, lo que llevaría consigo, evidentemente, una disminución de los ingresos globales y una reducción de la parte correspondiente a cada uno de sus miembros.

Pese a todo, las restricciones no pueden prolongarse durante mucho tiempo. Si el Islam es la verdad revelada por Dios, resulta escandaloso negársela a alguien. Los árabes son solamente sus difusores.

La islamización se extiende, pues, sin llevar consigo siempre la arabización. Muchos persas, turcos y beréberes se convierten en fieles musulmanes sin llegar a ser árabes, y continúan hablando su propia lengua, aun cuando el árabe sea la lengua litúrgica, intelectual y científica que sus intelectuales emplean llegado el caso, especialmente en sus escritos.

⁶ Ibn Hišām, *Ṣīra*, F. Wüstenfeld, comp., Gotinga, 1859-1860, p. 938.

Con el imperio abásida (o 'abbāsī) en el poder desde el año 750, los principales privilegios árabes desaparecen. Se trata ahora de un Estado musulmán, y ya no árabe. En el imperio y en los Estados que surgen de su desmembración —árabes, turcos, persas, beréberes, etc.— coexisten etnias musulmanas heterogéneas.

A partir de esta época alcanzará su punto culminante la distinción entre los arabófonos en conjunto y lo que puede considerarse como la etnia árabe. Las denominaciones van reflejando a lo largo de los tiempos esta diferencia. De forma cada vez más exclusiva, se llama 'arab a los beduinos, asociados (al menos históricamente, y con frecuencia de manera ficticia) al género de vida de los nómadas de la antigua Arabia, es decir, a los descendientes de la casta dominante árabe del imperio omeya, con los «clientes» afiliados a las antiguas tribus, que no conservaban (o de los que no se conservaba) el recuerdo de otros orígenes y que eran, además, todos ellos musulmanes. Pronto se empleará la expresión de *awlād al-'Arab* (o *abnā' al-'Arab*), «los hijos, los descendientes de los árabes», para designar a la masa de los sedentarios de habla árabe, de origen diverso, sedentarios urbanos o rurales mezclados a menudo con gente que habla otras lenguas, sin pretender haber pertenecido en el pasado a las tribus de Arabia⁷.

Uno de los criterios de esta arabidad, primaria o secundaria, era (aunque no sin dudas) la religión islámica. Los cristianos de Egipto, entre los cuales el uso de la lengua copta disminuía progresivamente en beneficio del árabe, los campesinos cristianos del Creciente Fértil, que abandonaban con igual lentitud el arameo en aras del árabe, y los judíos que hablaban normalmente el árabe no entraban por lo general en el concepto de árabes, ni en el de «hijos de los árabes». Aun cuando habían abrazado el Islam, conservando con fre-

⁷ La expresión ha cambiado de sentido con la evolución de las situaciones y suele emplearse hoy en Oriente simplemente en el sentido de árabes, en la acepción moderna de la palabra, es decir, de arabófonos.

cuencia, durante largo tiempo, cierta cohesión y ciertas particularidades, se seguía utilizando por lo general para nombrarlos un apelativo que reflejaba su antigua pertenencia⁸.

En una sociedad como ésta, con componentes tan variados, aparecen rivalidades entre etnias, que conocemos sólo de manera aproximada en su aspecto literario. Toda una literatura canta los méritos, enumera las faltas de ésta o de aquélla. Las etnias constituyen muchas veces verdaderas camarillas que luchan entre sí por el monopolio de las distintas categorías de puestos administrativos. En la épica abásida todo un movimiento literario, en particular persa, el llamado partido de la *šū'ūbiyya*, lanza ataques contra la preponderancia árabe. Otros escritores le contestan. Pero en la descripción de los defectos o de las virtudes de los árabes se trata siempre de los árabes de Arabia, de gente relacionada con las tribus de la península. Los *awlād al-'Arab* no tienen nada que ver con esto. Por lo demás, muchos antiárabes son iraníes arabizados, a los que a veces se extiende el calificativo de *muta'arriba*, que antaño se reservaba para las tribus que se consideraban descendientes de 'Adnān⁹. La etnia que tiene conciencia de la arabidad y a la que las demás consideran árabe, ligada a los escritores por una amplia base social, no se identifica, pues, por la utilización de la lengua árabe. Asimismo, persas y turcos, que se consideran y son considerados árabes, presentan una gran proporción de arabizados.

De todos modos, en esta época y durante largo tiempo todavía, no es posible percibir la concepción moderna de Estado nacional según la cual los gobernantes deben ser del mismo origen étnico que los gobernados. Siguiendo la tradición legada por el imperio romano cristiano, la unidad del Estado reposa sobre la ideología religiosa de la casta dominante. La fidelidad política se manifiesta hacia el Estado, hacia la dinas-

⁸ Véase sobre todo A. N. Poliak, «L'arabisation de l'Orient sémitique», *Revue des Etudes Islamiques*, 1938, pp. 35-63.

⁹ Cf. G. Lecomte, *Ibn Qutayba...*, Institut Français, Damas, 1965, página 348.

tía o hacia los múltiples grupos locales, tribus, aldeas, ciudades, barrios, y comunidades religiosas.

De una situación como ésta deriva, en el fondo, la falta de interés que se observa a lo largo de todo este período por la noción de pertenencia étnica y las denominaciones concretas que la connotan. Los habitantes de las ciudades son, por lo general, *al-ḥadar*, es decir, sedentarios, sea cual sea su lengua y su origen. Los 'arab son los nómadas, cuyo hábitat natural es el desierto, o aquellos que siguen conservando costumbres más o menos nómadas. El gran sociólogo e historiador Ibn Jaldún (1332-1406), nacido en Túnez en el seno de una familia originaria de Arabia que había entrado en España con los conquistadores, es decir, un verdadero árabe en el sentido moderno del término, habla de árabes cuando se refiere al pueblo conquistador, pero en general identifica despectivamente a los árabes también con los nómadas incultos, de organización tribal y destructores por naturaleza. De ahí su célebre juego de palabras sobre los países que conquistan los árabes (*al-'arab*) y que conocen así inmediatamente la devastación (*al-jarāb*)¹⁰.

Sólo muy lentamente el término se ha ido extendiendo a todos los arabófonos. Es muy posible que se extendiera en primer lugar a las regiones en las que eran extranjeros. Así, en Estambul, en el siglo XVI, los egipcios, sirios e iraquíes, poco numerosos, obreros de la construcción o ceramistas agrupados en un barrio, tenían una mezquita propia que se llamaba '*Arab ḡāmi'i*', la «mezquita de los árabes»¹¹.

Las cosas no comenzaron a cambiar netamente hasta el siglo XVIII. Desde el siglo XVI el imperio otomano dominaba casi todas las regiones de lengua árabe. Se basaba, al igual

¹⁰ Ibn Jaldún, *Muqaddima*, ed. Quatremère, I, p. 270; ed. Wāfi, El Cairo, 1957-1962, II, p. 453; trad. F. Rosenthal, Nueva York, 1958, I, página 302; trad. V. Monteil, Beirut, 1967-1968, I, p. 295.

¹¹ R. Mantran, *Istanbul dans la seconde moitié du XVII^e siècle*, Adrien-Maisonneuve, París, 1962, p. 64.

que los Estados del Próximo Oriente que lo habían precedido, no en la nacionalidad, sino en la religión. Era un Estado islámico en el que, en principio, todos los musulmanes de condición libre componían, igualitariamente, la clase de los súbditos de primera categoría. Los sultanes eran turcos, pero gobernaban por mediación de esclavos de todos los orígenes. En el siglo XVIII, el Estado está dominado cada vez más por turcos de condición libre, y los súbditos, sean o no musulmanes, se sienten gobernados por el elemento turco. La degradación del control de las provincias por parte del gobierno central, muy acentuada ya, proporciona en cada región un poder relativamente fuerte a las élites locales, y en especial a los ulemas ('*ulamā'*'), es decir, a los religiosos, y entre éstos y junto a ellos a los *aṣṛāf*, es decir, a aquellos que pretendían descender del Profeta y que, por esta razón, eran muy venerados. Todos ellos se vanagloriaban de su origen árabe, de su conocimiento de la lengua árabe, y su tendencia natural a una cierta autonomía se beneficiaba, frente a la hegemonía turca, de estos hechos. Buscaban en las masas de su región un apoyo que, por lo general, se basaba en su supuesta comunidad de origen. En las ciudades, que eran los puntos de apoyo de este nuevo poder, los elementos de origen tribal se habían mezclado desde hacía ya mucho tiempo con los arabizados y todos los musulmanes de lengua árabe se consideraban árabes. Con todo, seguían mostrándose despectivos y hostiles hacia los beduinos nómadas, también calificados de árabes, como siempre, cuyas incursiones devastadoras se agravaban terriblemente debido a la debilidad del Estado. Asimismo los cristianos de los países árabes, que se habían enriquecido como los judíos gracias al desarrollo del comercio, con Europa en particular, abandonaron definitivamente sus antiguas lenguas, introdujeron el árabe incluso en la liturgia, se cultivaron con la ayuda del papado, que reclutaba entre ellos a los católicos unidos a Roma, y crearon imprentas, seminarios y escuelas. Comenzaron también a estudiar la literatura árabe, buscando las enseñanzas de los intelectuales musulmanes y establecien-

do estrechos contactos con ellos. Cada vez más, se sentían árabes ¹².

En tales circunstancias las revueltas y movimientos centrífugos locales adquirieron un carácter antiturco. Esto sucedió, en la propia Arabia, con el wahhābismo, movimiento de reforma religiosa fundamentalmente, en el que se expresan sin embargo tendencias políticas centrífugas y que, forzado por las circunstancias, toma la forma de un Estado árabe (1744-1818). Cuando Ibrāhīm, hijo del pachá de Egipto Muḥammad 'Alí, conquista para su padre Arabia en 1816, y Siria y Palestina en 1832-1840, países árabes, el proyecto de un gran Estado árabe comienza a tomar cuerpo en él, pese a ser albanés de origen, así como en diversos políticos europeos, sobre todo de Francia ¹³. La rebelión de los griegos, que se separan del imperio otomano (1821-1829), tiene valor ejemplar, en primer lugar, para las nacionalidades cristianas del imperio, y en segundo lugar, porque la idea de nación, basada en la pertenencia étnico-lingüística, gana cada vez más partidarios. Así pues, en el siglo XIX la gente, sobre todo cristiana, se acostumbra a la idea de una nacionalidad árabe con pretensiones, por lo menos, de cierta autonomía política. La conciencia de arabidad se hace cada vez más neta y se antepone cada vez más al sentimiento de fidelidad de carácter religioso.

Más adelante volveremos sobre la evolución contemporánea del concepto de arabismo, o dicho de otra manera, del nacionalismo de tipo moderno basado en la conciencia de arabidad. Por el momento bastará con que resumamos sus complejos orígenes. El criterio de identidad étnica, de pertenencia a un amplio grupo humano de supuesto origen común, caracterizado por una denominación y unos rasgos culturales comunes, y delimitado sobre todo por la comunidad lingüística,

¹² Aquí me limito a resumir el magnífico artículo de Albert Hourani «The changing face of the Fertile Crescent in the XVIIIth century», *Studia Islamica*, París, 8, 1957, pp. 89-122.

¹³ Numerosos detalles en J. Hajjar, *L'Europe et les destinées du Proche-Orient (1815-1848)*, Bloud & Gay, París, 1970.

tuvo gran validez en la Antigüedad y en los primeros tiempos del imperio islámico. Una ideología étnico-nacional proporcionó elementos de unión a los miembros de una etnia no organizada ¹⁴. Al asociarse estrechamente a una ideología religiosa universalista, el Islam, aquélla contribuyó a sus éxitos, identificándose con ella durante un tiempo. Pero esta ideología religiosa, que había servido de aglutinante a un imperio y luego a múltiples Estados pluriétnicos, acabó poniendo sordina por lo menos, al dejar en estado latente a la mencionada ideología étnico-nacional árabe. Esta sólo subsistió, aunque en esta situación subordinada, apoyándose en una base parcial: los rasgos culturales comunes (asentados en el tipo de vida beduino, al que se tomaba como norma, aun al apartarse de él) y la gloria de una prestigiosa historia común. Entre los rasgos culturales comunes se hallaba la adhesión al Islam, fe fundamentada en la nación y por ella. El otro fundamento habitual de la ideología étnico-nacional, la lengua, desempeñó sobre todo un papel negativo, al apartar de la identidad étnica, en general, a los grupos humanos que tenían un género de vida análogo pero no hablaban árabe. La lengua no bastaba para que fuese viable la integración en la etnia de los no musulmanes, ni siquiera de los arabizados (e incluso, a veces, de los árabes de origen), por estar muy alejados de ese género de vida. Fue necesaria la influencia mundial de las ideologías étnico-nacionales lingüísticamente delimitadas, la tendencia a la secularización y, *last but not least*, el ascenso de una burguesía pluriconfesional de lengua árabe e intereses comunes, comprometida en una lucha más o menos unificada, para llegar a la hegemonía (quizá temporal) de una ideología étnico-nacional que adoptó como criterio la lengua (con todas las reservas que se quiera) y que se asignó como ideal la creación de una nación-Estado.

¹⁴ Sobre estos conceptos, véase mi ensayo de teorización «Nation et idéologie», en la *Encyclopaedia Universalis*, vol. II, París, 1971, páginas 571-575.

LOS FALSOS CRITERIOS

El Islam

La Historia conoce a la etnia árabe desde hace veintinueve siglos. Durante quince siglos fue «pagana», aceptó el judaísmo, el mazdeísmo y sobre todo el cristianismo. Por otra parte, de los 550 millones de musulmanes (?) que existen hoy, unos 125 millones son árabes. Más de las tres cuartas partes pertenecen, pues, a otras etnias y hablan otras lenguas. Esto bastaría para justificar las confusiones que son corrientes en Europa y que suelen identificar ambos conceptos. ¡Hemos visto reprochar a los árabes el comportamiento de los indonesios o de los pakistaníes!

La confusión es fomentada, entre otras cosas, por el término «árabo-musulmán», que se ha puesto de moda actualmente. Si esta expresión tiene algún sentido, sólo lo tiene en tanto que designa la convergencia estrecha entre el factor étnico-nacional y el factor religioso para determinar *en los árabes*, históricamente, una configuración psíquica que podemos llamar, como lo hace Hichem Djait, «personalidad árabo-islámica»¹⁵. El éxito del término se ha debido —sobre todo en Francia— a que las condiciones existentes en el Magreb resultan más familiares, pues allí ambos conceptos son (casi) sinónimos, dada la inexistencia de cristianos de lengua árabe, numerosos en cambio en el Próximo Oriente. Podemos aceptar el término, pero a condición de definirlo con precisión.

Dicho esto, es cierto, como hemos visto, que la etnia árabe tiene una relación particularmente estrecha con el Islam. El Profeta del Islam, que se dirigía a todos los hombres, era un profeta árabe. La etnia árabe fue el núcleo y el agente difusor del Islam. El Corán, la palabra de Dios, está escrito en lengua árabe, de tal suerte que los musulmanes consideran al

¹⁵ H. Djait, *La personnalité et le devenir arabo-islamiques*, Seuil, París, 1974.

árabe, en suma, la lengua de Dios. En todo el mundo islámico los letrados estudian el árabe, lengua de la teología entre otras. Numerosos analfabetos aprenden el Corán de memoria, en árabe, sin comprenderlo. Teóricamente está prohibido traducirlo. Al igual que el cristianismo ha introducido en todo tipo de lenguas gran número de vocablos intelectuales griegos y latinos, el Islam ha difundido por una inmensa zona lingüística muchos términos árabes del mismo tipo.

No es ni siquiera seguro que continúe durante largo tiempo y en la misma dirección la evolución de los siglos XIX y XX, que integró a los cristianos y a los judíos de lengua árabe del Próximo Oriente, de forma plena, en la etnia árabe. Estas comunidades del mundo islámico se vieron diferenciadas y beneficiadas por sus relaciones más fáciles con Europa, en la época en que ésta era dominante. Entre los musulmanes, en cambio, se hallaban las masas más visceralmente contrarias a esa hegemonía. Tras la retirada europea y la victoria de los nacionalismos en el Tercer Mundo, los cristianos y los judíos se hallaron en una situación comprometida a causa del recuerdo y de las consecuencias evidentes de sus nexos del pasado. La conciencia popular, que pocas veces fue expresada abiertamente por intelectuales y políticos, mantuvo la idea de que el verdadero árabe, fiel a su origen, era *sobre todo* el árabe musulmán. El problema ha sido zanjado ya en el caso de los judíos, que en el pasado eligieron por lo general la cultura extranjera y a quienes los colonizadores favorecieron a veces, permitiéndoles que se unieran a ellos (decreto Crémieux en la Argelia francesa). La eventual relación con el arabismo —gracias a la cual algunos judíos prepararon el terreno participando en la acción anticolonialista (Jacob Sauna, por ejemplo, compañero de ʿYamāl al-Dīn al-Afgānī y de Muḥammad ʿAbduh, en Egipto)—, quedó cortada definitivamente por el sionismo, debido a su esfuerzo por crear un Estado judío en un territorio árabe, en Palestina, y por su éxito y consecuencias.

Los primeros pioneros del nacionalismo árabe contemporáneo se reclutaron entre los cristianos orientales. Estos estaban

interesados, evidentemente, en orientar la ideología hacia la comunidad lingüística y cultural en detrimento de la identificación religiosa que ligaba a los árabes musulmanes con sus dominadores turcos. No escatimaron las proclamaciones de arabismo intransigente y glorificaron al Profeta del Islam como héroe del nacionalismo árabe, lo que coincidía con una tendencia profunda existente entre los propios musulmanes, tendencia relacionada con la secularización del mundo mental. Como es sabido, el principal teórico de un partido nacionalista laico como el Baas (Ba'at), Michel 'Aflaq, es cristiano.

Pero hoy la lógica de las situaciones históricas marcha en otra dirección. La historia no ha dejado, antes de producirse nuevas crisis, el tiempo necesario para una laicización suficientemente profunda, acompañada de una larga y estrecha integración de las distintas confesiones. Pensemos en el tiempo que hizo falta para llegar a esto (y aun así, no en todas partes y no completamente) en Europa. Por un lado, el poderoso grupo de presión de los religiosos, respaldado por el apego de las masas a la ideología religiosa que aquél no había traicionado y que sacralizaba su humilde ética y sus valores frente al «desenfreno» europeizante, en el campo intelectual y moral, de sus aristocracias, impuso por doquier, en los artículos de las constituciones, al Islam como religión de Estado o, al menos, de la mayoría. Por otro lado, en el Líbano, un poco como en Israel, la brecha política adoptó perfiles de brecha confesional. Una parte de los cristianos libaneses, y en particular los maronitas, miraron hacia Europa, y sobre todo hacia Francia, como modelo cultural prestigioso, en tanto que veían en los árabes vecinos, preponderantemente musulmanes, un ejemplo a rechazar. Pese a haber proporcionado los primeros y principales propagadores de la ideología arabista, muchos de ellos se volvieron hacia Francia como eventual protectora contra la oleada creciente del arabismo, a la que identificaban con el Islam y con la perpetuación o retorno de la posición dominante de los musulmanes. El imperialismo francés utilizó con gran satisfacción a estos satélites voluntarios y entusias-

tas. Si, en el marco del nuevo Líbano islamo-cristiano, se abrió camino un compromiso entre los ricos cristianos y musulmanes, primero a la sombra del mandato francés y luego en lucha contra él, con vistas a la independencia global de las élites autóctonas; si durante un tiempo se pensó en que iba a producirse una adhesión total al arabismo; si esta adhesión continúa por parte de los desheredados, de los intelectuales y de la izquierda, esto no quiere decir que no estuviesen presentes ya en germen las luchas intestinas, parcialmente delimitadas por las fronteras confesionales y acentuadas por las antiguas estructuras clánicas de la sociedad. Hoy en día la lucha se halla en su punto álgido. Nadie sabe cómo se resolverá el problema en el futuro. Por el momento, ha contribuido a profundizar la desconfianza, que en otros lugares está casi a punto de desaparecer, y a impulsar de nuevo la integración en el Islam como uno de los signos distintivos de la nacionalidad árabe.

¿Civilización árabe o civilización musulmana?

La brillante civilización que surgió en la Edad Media en los países conquistados por los árabes —pero en los que la dominación duró tan sólo uno o dos siglos— ha recibido el nombre de «civilización árabe»; otros la han llamado «musulmana», y otros, finalmente, «árabo-musulmana». Este conflicto de denominaciones ha surgido, en parte al menos, a causa de las distintas tomas de postura ideológica en contra o a favor del nacionalismo árabe moderno.

El término «civilización» es sinónimo del término «cultura», con toda la difuminación y todas las contradicciones que acompañan en general al uso corriente de las palabras abstractas en las lenguas. La difusión, muy limitada sin embargo, del sentido antropológico más o menos preciso atribuido a la palabra «cultura» tiende a especializar el término «civilización» en un sentido limitado a los fenómenos intelectuales

y artísticos más importantes. Y fueron asimismo estos elementos intelectuales y estéticos de la «civilización» en cuestión los que influyeron en particular sobre las civilizaciones vecinas, y en concreto sobre la Europa occidental cristiana, en la Edad Media.

En esta época, como ya se dijo antes, la totalidad del mundo musulmán compartía gran número de rasgos culturales (en el sentido más amplio de la expresión), con numerosas variantes. Desde fuera se tenía una clara sensación de entrar en un universo específico y diferente cuando se cruzaban sus fronteras. Los elementos más comunes y más específicos de esos rasgos culturales tenían cabida precisamente en esta esfera intelectual, estética y moral a la que se refiere por lo general el término «civilización».

En el centro, en el núcleo de este universo particular, diferente de los demás, se hallaba la religión, al menos la religión políticamente dominante, la ideología de Estado, el Islam. Todos los países musulmanes, pese a sus diferencias culturales y sus hostilidades políticas, pese incluso a la eventual alianza de algunos de ellos con «infieles» en contra de otros musulmanes, formaban lo que podemos llamar un bloque ideológico-político, el *dār al-Islām*, «la casa del Islam». Este fenómeno es comparable más o menos al de los bloques ideológico-políticos de hoy día, unidos (también aquí de manera muy relativa y sólo desde cierto punto de vista, como resulta evidente desde hace ya unos veinte años) por la ideología marxista-comunista y por la ideología capitalista liberal respectivamente.

La unidad no residía en absoluto en la lengua hablada ni en el origen étnico, que en esta época se consideraban factores sin importancia política. Las grandes hazañas intelectuales y estéticas de esta civilización fueron realizadas por gente cuya lengua habitual era indiferentemente el árabe, el turco, el persa, el beréber y otras más. Algunos se decían árabes, turcos, persas, beréberes, etc., y muchos se consideraban simplemente musulmanes de origen mixto.

Así pues, la civilización que produjeron debería llamarse musulmana *. Sin embargo, la lengua intelectual que todas las personas cultas de la época conocían, que empleaban por lo general cuando escribían obras de contenido intelectual elevado —reservando su lengua materna para el uso familiar, para la poesía y la narrativa en general— era el árabe, lengua del Corán, de la teología y de los análisis ideológicos e intelectuales serios. Se ha argumentado que, por ello, esta civilización podría haberse denominado «árabe», al igual que llamamos romana a esa otra civilización también pluriétnica, cuya lengua dominante era (junto con el griego) el latín, lengua de Roma.

Ambas denominaciones tienen ventajas e inconvenientes. Es imposible expresar todos los elementos de una definición con una sola palabra. El término «civilización musulmana» es el más objetivo aun cuando omite señalar que también hubo cristianos y judíos que participaron de manera notable en las creaciones prestigiosas (e incluso en la mayoría de los rasgos culturales) producidas en esa área cultural dominada por el Islam. El término árabe, mal visto por los iraníes y turcos, entre otros, subraya el origen étnico de la base ideológica musulmana y la lengua que servía de vehículo predilecto a esta cultura. Naturalmente, los árabes lo aprecian mucho y vislumbren un antiarabismo consciente o inconsciente en aquellos que utilizan otro término distinto. Pero molesta a los muchos que participan plenamente de esa cultura y esa civilización, pero que no sólo no se consideran árabes, sino tampoco «hijos de árabes», arabizados. El término mixto «árabo-musulmana», que se utiliza con frecuencia, tiene el inconveniente de sugerir una equivalencia entre ambos elementos. Sólo se puede justificar su aplicación a los musulmanes que se consideran de origen árabe.

Los inconvenientes aparecen más claramente cuando se aborda el problema de la esclerosis o de la decadencia de

* Véase nota del traductor en la p. 13.

la civilización musulmana. Los árabes llaman «decadencia» (*inḥitāt*) a todo el período en el que la supremacía, en el mundo musulmán, pasó de manera patente a manos de los Estados gobernados por los turcos (o por turquizados), en particular cuando éstos dominaron al mundo de lengua árabe. Con todo, los siglos XVI y XVII, período de decadencia para los árabes dominados, forman parte de una época en la que el Islam, dirigido por los turcos otomanos, obtuvo victorias fulgurantes y en la que los imperios otomano, iraní y mughal * de la India gozaron de un esplendor notable, con magníficas creaciones intelectuales y artísticas.

Cierta corriente polémica antiárabe ha intentado sacar partido, un partido de tufillo racista, del carácter multiétnico de la civilización medieval con el fin de negar a los árabes toda creatividad cultural, toda cualidad «civilizada». Esa corriente ha vuelto a poner en circulación, sin saberlo, los argumentos de las *šūʿūbiyya* medievales. Hay en ella una confusión de conceptos muy pernicioso y mucho odio y mala fe. Los creadores de cultura en el seno de esta civilización fueron tanto árabes como arabizados y musulmanes que no eran árabes en absoluto. Si el número de árabes originarios cuyo origen se remontaba a las tribus de la península arábiga, entre los miembros de la élite intelectual, fue relativamente reducido, esto se debió simplemente al hecho de que la proporción de árabes con respecto a los arabizados, y aún más con respecto a los musulmanes en su conjunto, era asimismo poco elevada. Pero el número de creadores de cultura arabizados fue importante. Por ello los arabizados componen la mayoría de los que se

* Preferimos traducir *mughal*, y no *mongol* o *mogol*. Las dos últimas formas fueron aplicadas en Europa al reino y a la dinastía que dominaron gran parte de la península indostánica entre 1526 y 1858, y que eran de origen turco y no mongol. El nombre de mughal («mongol») se lo aplicaron ellos mismos, en recuerdo y por considerarse herederos del imperio de Tamerlán (siglos XIV-XV), exclusivamente turco, pero que se autoconsideraba a su vez heredero del imperio mongol de Gengis Jan (siglos XII-XIII), como Carlomagno del imperio romano. (N. del T.)

llaman y que llamamos hoy, justamente, árabes. Se da, pues, muestras de incoherencia y mala fe al negar las cualidades culturales de los árabes actuales aludiendo al pequeño número de árabes de Arabia entre los creadores de antaño¹⁶. Tales ataques explican seguramente el apego de los árabes al término «civilización árabe» aplicado a la civilización islámica de la Edad Media, término que la objetividad nos obliga, por nuestro lado, a no aceptar sino con reservas.

La raza

Se habla todavía, con cierta frecuencia, de «raza árabe», y «raza asquerosa» es un insulto que se oye a menudo en labios de ciertos antiguos «colonos» racistas del Magreb. Pese a todos los esfuerzos realizados para desmitificar el concepto de raza durante la lucha contra el nazismo alemán y con posterioridad a su derrota, sigue siendo necesario aclarar, de manera elemental, las confusas ideas ligadas a esa noción.

En la especie humana no hallamos grupos netamente definidos de los que podamos predecir con seguridad las características de su progenie, como sucede en las razas de perros. Aun así, hay cierto número de grupos de base, relativamente aislados desde el punto de vista genético, cuyos miembros se cruzan más entre sí que con los demás, y que, por consiguiente, según las leyes de Mendel, transmiten a la generación siguiente gran número de características físicas. Sólo que todas estas unidades reproductoras no son nunca completamente cerradas y, en las condiciones de hoy en día, lo son cada vez menos. Estas unidades son grupos precarios, fluctuantes, de fronteras imprecisas, de homogeneidad meramente estadística.

Hoy se tiende a abandonar el término de «raza» para de-

¹⁶ Yo mismo he tratado un poco estas consideraciones en un artículo publicado en 1961, «Maghreb et nationalisme arabe», reeditado con una nueva introducción en mi libro *Marxisme et monde musulman*, Seuil, París, 1972, pp. 527-554.

signarlos. Con esto se desea evitar la asimilación con las razas animales, la vuelta a las ideas falsas asociadas a este término en la práctica científico-ideológica, la referencia a las tipologías de los grupos humanos tradicionales desde hace uno o dos siglos, etc. Tales tipologías se basaban sobre todo en los caracteres visibles comunes y era frecuente que se asociase a éstos (pese a las repetidas advertencias hechas por los especialistas en antropología física desde hace ya mucho tiempo) rasgos puramente culturales. Ahora bien, si estas características físicas son, sin duda, hereditarias, lo son según modalidades poco conocidas, a causa de la complejidad de su relación con determinados genes. Es evidente, hoy en día, que hay que tener en cuenta en primer lugar los caracteres no visibles, relacionados claramente con la estructura genética, inaccesibles a las influencias del medio y de la cultura, de fácil clasificación. Se trata de «marcadores sanguíneos» estudiados a través del análisis de la sangre.

Se prefiere, pues, para designar a las unidades primarias de reproducción, el término de «población». Sin embargo, quizá esta palabra tampoco sea muy adecuada: su utilización habitual, muy vaga, parece excluir completamente la idea de conjunto de características somáticas hereditarias, comunes al menos estadísticamente.

Se llega así, por el momento, a la caracterización de pequeños conjuntos cuyo número, en la especie humana, debe de ser muy elevado. Relacionar a estas múltiples «poblaciones» entre sí es una labor muy difícil, pues cada una de ellas es la resultante provisional de numerosos cruces, y cada una de sus características no está ligada a las demás sino de forma parcial, teniendo casi su propia distribución. Una labor así apenas ha comenzado.

Por lo tanto resulta claro, negativamente, que los conjuntos con un relativo parentesco genealógico que puedan constituirse sólo tendrán una relación muy compleja y muy lejana con las etnias del pasado y del presente. La demostración es particularmente evidente en el caso de los «marcadores san-

guíneos», cuya herencia depende de genes bien definidos. Por ejemplo, la frecuencia de cada gen del que depende el sistema ABO de los grupos sanguíneos, que ya ha sido muy bien estudiada en la actualidad, es diferente en las distintas regiones del mundo árabe¹⁷.

Los caracteres físicos visibles, sobre los que se basan las clasificaciones «raciales» habituales, revelan, sin duda, bajo ciertas condiciones y de manera muy compleja, lejanos parentescos. Pero ninguno de estos caracteres está repartido de tal forma en el mapa que coincida con la distribución geográfica de la etnia árabe en ninguna de sus definiciones posibles.

Este hecho era evidente mucho antes del descubrimiento de los marcadores sanguíneos y de la aparición de la nueva escuela de las «poblaciones». Los antropólogos lo venían afirmando así, aunque no habían sido escuchados. Por lo que respecta a la extensión geográfica de la etnia árabe, los antropólogos distinguían varias «razas» diferentes, con grandes divergencias entre los especialistas. La mayor parte de tales «razas» agrupaban a ciertas poblaciones árabes y a otras no árabes. Así, algunos estudiosos incluían a gran número de norteafricanos en una variedad «ibero-insular» de la gran raza mediterránea. Otros clasificaban a estos tipos humanos como subraza «atlanto-mediterránea», subdivisión de la raza mediterránea, representada también por grupos más minoritarios en las penínsulas del norte del Mediterráneo e incluso en las islas británicas.

En el Próximo Oriente, varios autores hablaban de una raza «orientálica» allí donde otros sólo veían una subraza «sudoriental» de la raza mediterránea. Según algunos, una raza «arábida» era dominante en los desiertos de Arabia y en

¹⁷ Sobre la teoría de las «poblaciones» y la crítica de las ideas tradicionales, véase J. Ruffié, *De la biologie à la culture*, Flammarion, París, 1977, pp. 375-418. Las ideas tradicionales se exponen de modo sucinto y claro, evitando las trampas del racismo, en la obra de H. V. Vallois, *Les races humaines*, PUF, París, 1944, col. Que sais-je?, núm. 146 [*Las razas humanas*, EUDEBA, Buenos Aires, 1963.]

el Iraq meridional, y en la región siria dominaban los «armenoides» (o «anatolios»), variedad muy extendida de la raza dinárica, variedad ésta (para otros autores) de la gran raza alpina. En Arabia del Sur*, junto con los «orientálidos» o «arábidos», y junto a elementos védidos o góndidos emparentados con ciertas razas de la India, volvemos a encontrar, según estos autores, a los armenoides. Aquí, como en el resto de Arabia, en Egipto y en toda el Africa del Norte, hay que añadir también numerosos «négridos» y «etiópidos».

Insistamos sobre el hecho de que ninguno de estos grupos más o menos artificiales, cuya validez están zapando las investigaciones recientes sobre hemotipología, representa a un pueblo dado. Aunque se demostrase que existe un tipo «arábido», con un haz de características físicas visibles, dominante entre los árabes de Arabia, no podríamos llegar a la conclusión de que todos ellos deban incluirse, ni siquiera en la Antigüedad, en ese tipo, y de que no estén presentes en el seno de otros pueblos. Esto es cierto, en mayor medida, respecto a los árabes actuales, entre los que se distinguen inmediatamente cien tipos físicos diferentes, lo que no hace sino confirmar la necesidad del estudio de los caracteres no visibles.

No más que la mayoría de los demás pueblos, los árabes no forman, pues, una «raza» física (o un conjunto genéticamente emparentado de «poblaciones»). Todo lo que puede decirse desde este punto de vista es que ciertas características físicas, que revelan de manera muy compleja posibles y lejanos parentescos, figuran en mayor número en esta o aquella región árabe que en otras donde son raras o no existen. Si es cierto que hay unidad de pueblo, ésta no se encuentra en una comunidad de caracteres físicos.

* El autor llama Arabia, sin más, al conjunto geográfico que suele llamarse península arábiga y que hoy contiene varios Estados independientes (Arabia Saudí, Bahrein, Emiratos Arabes Unidos, Kuwait, Omán, Qatar, Yemen del Norte y Yemen del Sur). En cuanto al Estado saudí —muchas veces denominado simplemente Arabia—, el autor lo llama siempre Arabia Saudí, y lo mismo hará el traductor. (N. del T.)

El origen ismaelita

Suele hablarse mucho, en los medios cristianos que abogan por un acercamiento «ecuménico» con el Islam y que desean reparar los daños históricos que la cristiandad ha causado a los musulmanes y en particular a los árabes, del hecho de que este pueblo descende, según se dice, de Ismael, hijo mayor de Abraham y de su sierva Agar, expulsada más tarde por instigación de Sara, esposa del patriarca, cuando ésta concibió de forma milagrosa un hijo llamado Isaac, antepasado (entre otros) de los judíos (a través de Jacob-Israel) y, entre éstos, de Jesucristo (*Génesis*, capítulos 16, 17, 21, 25). Según el *Génesis*, Ismael, con toda la casa de Abraham, fue circuncidado incluso antes del nacimiento de Isaac. Así pues, tomó parte directa en la primera alianza de Dios con un grupo humano restringido, la alianza de la circuncisión. Y ciertas promesas de Dios le conciernen. Varios autores cristianos han extraído de todo esto conclusiones sobre el valor real, aunque limitado, de la revelación divina a Mahoma, descendiente de Ismael, y han visto en la narración bíblica de la expulsión de la sierva y de su hijo al desierto el «tipo» teológico, la prefiguración metahistórica del destino de «excluidos» (con relación a los cristianos) de los musulmanes y de los árabes¹⁸.

Se trata de una versión moderna de la teoría acerca de las relaciones entre grupos étnicos ya desarrollada, sobre todo, entre los pueblos de lengua semítica y a la que ya hemos alu-

¹⁸ La difusión reciente de estas teorías se debe sobre todo a Louis Massignon, cuya inmensa erudición y cuyas geniales y brillantes intuiciones no excluyen cierta propensión a superar los datos de los textos con interpretaciones muy audaces en el sentido de sus pasiones y tendencias personales. Entre los autores recientes que han desarrollado este tema, citaremos a Michel Hayek, *Le mystère d'Ismaël*, Mame, Tours, 1964; *Les arabes ou le baptême des larmes*, Gallimard, París, 1972; *D'Abraham à Mahomet: rupture et continuité* (libro anunciado, aún inédito en 1978).

dido. Cada grupo se supone descendiente de un antepasado epónimo y las relaciones genealógicas entre tales antepasados simbolizan las relaciones de enemistad o alianza, de parentesco más o menos lejano, sentidas y tenidas por tanto en cuenta en el trabajo del genealogista.

Entre los antiguos babilonios existían teorías genealógicas parecidas, de las que nos ha dejado amplio testimonio posteriormente la literatura israelita antigua, de la que podemos encontrar una antología en el Antiguo Testamento. Para el historiador, lo narrado en el *Génesis* representa una teoría de este tipo, desarrollada a comienzos del primer milenio antes de nuestra era por los genealogistas israelitas, que reflejan quizá una concepción propia de las tribus interesadas en ella. Los primeros, en todo caso, consideraban a Israel lejanamente emparentado, entre otros, con algunas tribus de Transjordania, del Negueb y del noroeste de Arabia, al que relacionaban con una de ellas, sin duda la más importante, o con una confederación que llevaba el nombre de «hijos de Ismael». Un fragmento de la obra de otros genealogistas israelitas, conservado también en el *Génesis*, consideraba a otras tribus de Arabia descendientes de Abraham a través de otra mujer, Qeturá, probablemente símbolo del país del incienso (*Génesis*, 25, 1-5) ¹⁹.

Si la teoría en cuestión tenía alguna base, en un principio, para las tribus afectadas, tribus que formaban parte del conjunto que un poco más tarde se iba a denominar árabe, las teorías indígenas existentes fueron olvidadas en seguida, tanto más cuanto que la tribu o la confederación que llevaba el

¹⁹ Es lo que parece indicar el nombre de esta mujer, sobre la que no se propociona ningún detalle. Sobre el carácter de todas estas construcciones genealógicas véanse las apreciaciones competentes y sólidas del R. P. R. de Vaux, *Histoire ancienne d'Israël, des origines à l'installation en Canaan*, Gabalda, París, 1971, I, pp. 157 ss. [*Historia antigua de Israel*, I, Madrid, Cristiandad, 1975]. Cf. también I. Eph'al, «'Ishmael' and 'Arab(s)': a transformation of ethnological terms», *Journal of Near Eastern Studies*, 35, 1976, pp. 225-235.

nombre de Ismael se fundió con otras o tomó otros nombres; sea como sea, desapareció. La teoría ismaelita se conservó, en cambio, entre sus vecinos israelitas y fue sacralizada por su presencia en sus libros sagrados, que más tarde, como sabemos, tendrían una amplia difusión. El término ismaelita se convirtió, entre los judíos, en sinónimo de árabe, y los autores paganos, que buscaban información entre los israelitas, y luego los autores cristianos, herederos de los libros sagrados, lo adoptaron. Estos últimos, refiriéndose a los mismos textos, llamaron también a los árabes agarenos, es decir, «descendientes de Agar» ²⁰.

Esta teoría volvió finalmente a los propios árabes. Fueron sin duda tribus en contacto con el mundo judeo-cristiano, que habían adoptado parcialmente el cristianismo, el judaísmo o el judeo-cristianismo, las que lo adoptaron primero, como nos cuenta por otro lado el escritor eclesiástico bizantino del siglo V Sozomenes ²¹. Pero se extendió muy poco más allá de estas tribus periféricas. El nombre de Ismael (en árabe Ismā'īl) no parece existir en la onomástica de Arabia central en el período inmediatamente anterior al Islam. Tiene una forma ajena a esa onomástica; es un nombre extranjero como dicen los autores árabes antiguos ²². Fue Mahoma quien lo adoptó y difundió. Aun así, en un comienzo tuvo muy escasa aceptación. Durante muchos siglos el nombre de Ismā'īl, prácticamente, sólo se aplicó a niños que eran descendientes del Profeta ²³.

²⁰ El nombre de sarracenos (*sarakēnoi*), derivado sin duda del nombre de una tribu desaparecida posteriormente, estuvo también muy en boga a partir de los primeros siglos de nuestra era para designar a los árabes. Estos lo ignoraron absolutamente.

²¹ Sozomenes, *Historia eclesiástica*, VI, 38. Según este autor, los árabes supieron por los judíos su origen ismaelita (su verdadero origen en opinión de Sozomenes, evidentemente).

²² Yawālīqī, *Kitāb al-mu'arrab*, edición de A. M. Shākir, El Cairo, 1361/1942, pp. 13 ss.

²³ Esto queda ampliamente demostrado en la minuciosa tesis del R. P. René Dagorn, *La geste d'Ismaël d'après l'onomastique et la tra-*

La teoría bíblica fue coordinada más o menos armoniosamente con las tradiciones árabes por los genealogistas árabes de los primeros siglos de Islam. Así, 'Adnān, supuesto antepasado de las tribus árabes del norte, como hemos visto, se convirtió en el descendiente de Ismael por medio de diversos árboles genealógicos. De todos modos, esto dejaba fuera de la descendencia ismaelí a los grupos meridionales.

La tesis de la descendencia ismaelita de los árabes no se menciona en el Corán, que se limita a colocar a Ismā'īl al lado de su padre Ibrāhīm (Abraham) cuando éste construyó la Ka'ba en La Meca. De este modo desempeña un papel importante en la doctrina musulmana clásica, que hace de Abraham el difusor del monoteísmo entre los árabes. Más tarde el monoteísmo se fue degradando, al parecer, hasta que fue retomado por Mahoma. Estos son artículos de fe para los musulmanes. La tesis, de raíces judeo-cristianas, ha sido revitalizada por autores cristianos recientes, deseosos de unir en un mismo tronco a las tres religiones monoteístas, a las que se relaciona de este modo con la fe abrahámica. Esta tesis está motivada por consideraciones de simpatía y de generosidad. Puede situarse sobre todo, como en el caso de Massignon, en el plano de la metahistoria. No implica forzosamente, por lo demás, adhesión alguna a la creencia en una descendencia genealógica concreta derivada de un modo de pensar superado. Para los historiadores, los árabes son tan descendientes de Ismael, hijo de Abraham, como los franceses de Franco, hijo de Héctor.

dition arabes, aún inédita. Utilizo este trabajo y algunas investigaciones que yo mismo he efectuado para la larga introducción que he preparado para este libro.

CONCLUSION: LA ETNIA ARABE

Cierto número de individuos se creen y se dicen árabes. La mayoría de ellos, pero no todos, y algunos más, son considerados por los demás como árabes. Cuando se trata de la pertenencia a una nación-Estado, la ley y la administración son decisivas a este respecto, y se conceden documentos de identidad a aquellos que responden a ciertos requisitos, definidos estrictamente, aunque sean cambiantes (véase, por ejemplo, las sucesivas leyes sobre la nacionalidad en Francia). Y esto es así aun cuando la conciencia colectiva no ratifique siempre la definición administrativa, y aun cuando el derecho internacional conozca el caso de personas con doble nacionalidad y el de los apátridas.

Pero cuando se trata de fenómenos como el de los grupos étnico-nacionales, no hay autoridad alguna en el cielo y en la tierra que pueda zanjar los casos controvertidos. Y éstos son numerosos en lo que concierne, entre otros, al conjunto árabe. Lo único que podemos hacer es delimitar de forma más o menos neta una entidad, un conjunto social, que, en la práctica, funcione al menos desde ciertos puntos de vista como una unidad. De ahí que nos veamos forzados a incluir a ciertos individuos o grupos que no se consideran árabes y a excluir a otros que creen serlo. Su rechazo o su aceptación pueden ser legítimos desde ciertas perspectivas. Toda definición de este tipo tiene un componente de arbitrariedad que el análisis objetivo no puede sino tratar de reducir.

Así pues, dentro de estos límites, podemos considerar como pertenecientes a la etnia, pueblo o nacionalidad árabe a aquellos que:

- 1.º Hablan alguna variedad de la lengua árabe y, al mismo tiempo, consideran que es su lengua «natural», la que ellos deben hablar, *o bien*, aunque no la hablen, la consideran tal.

2.º Consideran como patrimonio suyo la historia y los rasgos culturales del pueblo que se ha llamado a sí mismo y al que los demás han llamado árabe, rasgos culturales que engloban, desde el siglo VII, la adhesión masiva a la religión islámica (que está lejos, por otro lado, de ser exclusiva de ellos).

3.º (Lo que viene a ser lo mismo) reivindican la identidad árabe, poseen conciencia de arabidad.

Pero aunque se base en las opiniones de los individuos, no se trata de una definición psicológica. Tales opiniones están condicionadas, en efecto, por una situación concreta creada por factores sociales inscritos en una historia milenaria. En un primer momento se trató de lazos culturales, lingüísticos y, en menor medida, institucionales que unían a las tribus del norte y del centro de la península arábiga en una época anterior al Islam. Luego sobrevino la unificación estatal, temporal, bajo la bandera ideológica del Islam, que los agrupó (con las tribus de la Arabia del Sur) en los siglos VII y VIII. Seguidamente surgieron las condiciones sociales y políticas que permitieron el mantenimiento y la difusión de la lengua árabe y conservaron en la mayoría de las tribus en cuestión que persistían en su género de vida antiguo y difundieron en algunas otras una conciencia de arabidad presente igualmente entre aquellos que habían cambiado ya de género de vida. Condiciones del mismo tipo fueron permitiendo paulatinamente a aquellos que habían adoptado ya la lengua árabe compartir más o menos esta conciencia. Finalmente, a lo largo de los dos últimos siglos, nuevas condiciones impusieron esta conciencia a minorías y masas numerosas, que habitaban un territorio claramente definido, bajo la forma también nueva de la conciencia nacional, del sentimiento de formar una unidad cultural específica, con tendencia hacia cierta forma de unidad política.

La constitución de una etnia árabe se incluye en el muy amplio marco de las condiciones que crearon relaciones de la

misma naturaleza entre unidades elementales, clanes y tribus, desde el período final de la prehistoria. Tales unidades poseen una base económica, pues solamente el crecimiento demográfico, la existencia de un excedente de producción susceptible de ser acaparado o intercambiado y unos medios de comunicación más fáciles y más frecuentes han permitido superar el aislamiento de cada grupo elemental.

Las formaciones de este tipo, que no coinciden exactamente con un Estado determinado, son muy variadas. Hemos elegido aquí, entre las diversas designaciones habituales, el término de etnia, que hemos preferido al de pueblo o nacionalidad (en alemán *Völkerschaft*, en ruso *narodnost'*) por ser menos susceptible, en francés al menos, de prestarse a confusión con los conceptos próximos, al estar relativamente protegido de la polisemia por su ausencia en la lengua vulgar. Aunque hay que tener presente que los antropólogos entienden a menudo por «etnia» formaciones sociales mucho más restringidas y cultural y lingüísticamente homogéneas.

Digamos una vez más que la etnia no se confunde con un conjunto de caracteres físicos comunes debidos a un parentesco genético («raza»), ni con un haz de rasgos culturales comunes («civilización»). Los grupos que se constituyen según tales criterios son generalmente pluriétnicos, mientras que las etnias agrupan generalmente a personas con tipos físicos diferentes y con frecuencia culturalmente diferenciadas.